

EL ADVENIMIENTO HABLA DE ESPERANZA

¡Ha comenzado el Advenimiento! Con un tercio de la población mundial recordando la primera venida de Cristo para ser nuestro Salvador y Señor y anticipando su regreso, será difícil perderse.

LA HISTORIA DEL ADVENIMIENTO

Advenimiento se deriva del latín *adventus*, que significa venida (o *parousia* en el griego del Nuevo Testamento). Se refiere retrospectivamente a la primera llegada de nuestro Señor a la tierra y prospectivamente a su segunda. El Advenimiento se remonta a la España y la Galia de los siglos IV y V (Francia actual). Comenzó como una preparación para los bautismos (o iniciaciones) de enero de nuevos cristianos que se llevaron a cabo durante la Fiesta de la Epifanía. La fiesta celebró la aparición de Dios en Cristo, la visita de los sabios o magos (Mateo 2:1), el bautismo de Jesús (Juan 1:29) y su primer milagro en Caná de Galilea (Juan 2: 1). En el siglo VI, los cristianos romanos estaban utilizando el Advenimiento para prepararse para el regreso de Cristo como juez del mundo. Más tarde, durante el período medieval, la atención volvió a su venida inicial. (Foto: <https://www.pinterest.ca/pin/71494712819000143/>).

No fue sino hasta 1839 cuando se introdujeron las velas de Advenimiento, cuando, en Alemania, un ministro luterano las usó para enseñar a los niños sobre la Navidad. Poco a poco, se desarrolló la corona de Advenimiento. Los árboles de hoja perenne llegaron a simbolizar la vida eterna, y las cuatro velas, encendidas secuencialmente durante el Advenimiento, enfatizaron la esperanza, el amor, el gozo y la paz de las buenas nuevas de Cristo. La primera, segunda y cuarta velas son de color púrpura y la tercera de color rosa. A veces se agrega y enciende una vela blanca el día de Navidad para representar el nacimiento de Cristo. Algunas coronas de Advenimiento incluyen acebo y bayas, conectando la venida de Cristo con la sangre que derramó en la Cruz. Las piñas representan la nueva vida que nos proporcionó la resurrección de Cristo.

Obviamente, la temporada de Advenimiento es obra del hombre. La Biblia habla de ambos advenimientos de Cristo, el

primero en deshonra y el segundo en gloria, pero Dios no nos ha dado fechas para ninguno, ni directivas para celebrarlos. Si bien, entonces, la temporada de Advenimiento—festiva y estéticamente agradable sin duda—es negociable, la esencia del cristianismo—la esperanza, el amor, el gozo y la paz que se encuentran en Cristo no lo son.

LA ESPERANZA DEL ADVENIMIENTO

¡Cómo necesitamos esperanza! Dios lo ha inscrito en nuestras constituciones. Sin embargo, desde que el hombre se separó de Dios por primera vez en los albores de la historia, la oscuridad y la desesperación han sido parte de la vida. Podemos explicar esto de diversas maneras, pero cuando omitimos de nuestro cálculo nuestra ceguera espiritual, la rebelión del corazón y la voluntad de pecar, no llegamos a la raíz del problema: el pecado del hombre. Dios, sin embargo, nos ha dado esperanza y el Advenimiento está lleno de ella.

Nuestra esperanza se centra en el plan de Dios para rescatar al hombre. Entró en vigor inmediatamente después de la Caída, pero aceleró con la formación de Israel. Dios llamó a esta pequeña gente, otorgándoles múltiples privilegios de su gracia (Romanos 9:4) y equipándolos para ser una luz para las naciones (Isaías 49: 6). Los privilegios hablaban de la venida del Mesías y alentaban la fe en él. La ley, al convencerlos de pecado, les dio una razón para creer en él (Éxodo 20:1-17; Deuteronomio 5: 1-21). También estructuró la obediencia mediante la cual mostraron su gratitud por su perdón y testificaron a las naciones.

Sin embargo, Israel se rebeló, oscureciendo la luz dada por Dios a la nación. Para la llegada del Mesías, Israel se había dividido en dos reinos, exiliado por burlarse de los siervos de Dios, y no había tenido noticias de Dios durante 400 años. Sin embargo, en medio de la opresión de los persas, griegos y luego romanos, un remanente se mantuvo fiel al Señor. El devotamente justo Simeón habló por ellos al tomar al niño Jesús en sus brazos: *“Señor, ahora dejas que tu siervo se vaya en paz, según tu palabra; porque mis ojos han visto tu salvación, que has preparado en presencia de todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”* (Lucas 2:30-32). Esperanza cumplida, podría morir en paz. ¿Pero podemos? Si no está seguro, siga leyendo.



EL ADVENIMIENTO HABLA DE AMOR



Nudo de la
Trinidad
celta, del
siglo VII al X.

Los cristianos esperan en el Mesías porque encarna el amor de Dios por los pecadores. De ahí la segunda vela. Tenga en cuenta tres verdades enormemente conmovedoras sobre este amor.

I. DIOS ES AMOR

Dios nos dice esto a través de su apóstol Juan (I Juan 4: 8). En efecto, es en esencia amor. Eso significa que nunca ha habido un momento en el que el Dios eterno no haya estado amando. Pero ¿cómo podría amar a alguien antes de la creación? Porque es un Dios en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Disfrutando por igual de la esencia divina, cada uno se ama eterna, perfecta, plena e incesantemente.

Este amor no solo revela que Dios es incomparablemente hermoso—¿quién más es inmaculadamente amoroso?—Sino también incomparablemente bondadoso. Sin ninguna presión desde fuera, y sin ninguna insatisfacción o necesidad insatisfecha dentro, Dios ha optado voluntariamente por introducirnos en la trífeca de su amor.

No podemos alegrar ninguna razón por la que deba hacerlo; no es nuestro tamaño, creación a su imagen (que hemos desfigurado), ni virtud (porque somos, por nosotros mismos, incapaces de agradar a Dios). La base del amor de Dios por este mundo se encuentra solo en él.

II. DIOS REVELA AMOR

Es a través de Cristo que Dios ha dado a conocer su amor. Como nos dice la Biblia: **“Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no se pierda, mas tenga vida eterna”** (Juan 3:16). En Cristo, entonces, el amor de Dios se escucha, se ve, se huele y se siente. Escribió el himnista Charles Wesley (1707-1788):

*Amor divino, todo ama sobre abundante
La alegría del cielo desciende a la tierra*

Del Cristo encarnado deducimos, primero, que el amor de Dios es humilde. Mientras que Dios el Padre envió o, literalmente, envió del cielo a su Hijo para salvarnos de nuestros pecados (Gálatas 4: 4), Dios el Hijo fue el que voluntariamente **“se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo”** (Filipenses 2:7). Como han dicho los teólogos desde al menos las epístolas de Cipriano del siglo III, “el Hijo de Dios padeció para hacernos hijos de Dios”. Sobre la vanidad de los ídolos, Cipriano escribe: “Lo que el hombre es, Cristo quiso ser, ese hombre también tal vez lo que es Cristo”.

En segundo lugar, podemos decir que el amor de Dios en Cristo es santo. Cristo nació **“de mujer, nacido bajo la ley para redimir a los que estaban bajo la ley”** (Gálatas 4:4). En otras palabras, guardó la ley divina para que pudiera contarse con el relato del pecador de la justicia perfecta ante la ley. Esto nunca podríamos adquirir por nosotros mismos.

En tercer lugar, el amor de Dios en Cristo es sanador. Fue a la

cruz en nuestra humanidad, allí para sufrir el justo juicio de Dios en lugar de los pecadores. Sin embargo, Isaías, describiendo a Cristo 800 años antes como el siervo sufriente, comentó, **“por su llaga fuimos sanados”** (Isaías 53:5). La profecía de Isaías nos enseña que en la cruz no solo está la oferta de Dios de absolvernos de nuestra culpa, sino la solución medicinal definitiva para las heridas e infestaciones de nuestro pecado. Si, entonces, el peso y el hedor tuyo te están venciendo, ¡ánimate! Como dijo un sabio hace varios siglos, “Cristo nunca es amado hasta que el pecado es aborrecido”. (Foto: Facsímil del gran rollo de Isaías: <https://twitter.com/museumofbible/status/732367707853721601>.)



III. DIOS ENTIZA EL AMOR

Si bien, entonces, se nos ordena que nos volvamos de nuestros pecados a Dios, Dios a través de Cristo nos ha estado cortejando para que lo hagamos. Escribió el apóstol Pablo, **“cuando aún éramos débiles, en el momento oportuno Cristo murió por los impíos. Porque difícilmente morirá uno por un justo, aunque tal vez uno se atreva incluso a morir por una buena persona, pero Dios muestra su amor por nosotros en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros”** (Romanos 5:6-8). Asimismo, el apóstol Juan escribió: **“Amamos porque él nos amó primero”** (I Juan 4:19).

Este amor es tan fantástico no simplemente por la diferencia de tamaño entre Dios y nosotros, o dado lo lejos que hemos caído desde que nuestros primeros padres cayeron en el pecado, sino porque Dios, en Su omnisciencia (conocimiento de todas las cosas), previó lo peor acerca de nosotros, sin embargo, todavía envió a su Hijo para salvarnos.

Por lo tanto, celebramos este Advencimiento con la gloriosa verdad de que no hay nada en nosotros que tome a Dios por sorpresa o lo lleve a revertir su amorosa oferta de salvación en Jesús. La inversión debe ser nuestra, es decir, de nuestro rechazo de Cristo. Porque sí, en nuestro pecado y nuestra miseria (si ya lo sentimos o no), rechazamos el amor que Dios ha derramado en este mundo a través de su Hijo, ¿qué otra esperanza tenemos? ¡Ninguna! Siga leyendo, entonces, para considerar el gozo experimentado cuando descansamos en Jesucristo para nuestra salvación.

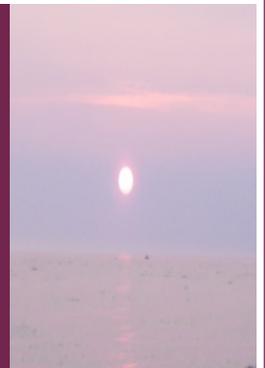
*Aquí hay amor, vasto como el océano,
Bondad amorosa como el diluvio,
Cuando el Príncipe de la vida, nuestro rescate,*

Derramó por nosotros Su sangre preciosa.

*¿A quién su amor no recordará?
¿Quién puede dejar de cantar sus alabanzas?*

*Nunca podrá ser olvidado
durante los días eternos del cielo.*

William Rees (1802–1883).



EL ADVENIMIENTO HABLA DE GOZO

La tercera, de color rosa, a la luz de las velas en la temporada del Advenimiento se llama en latín la vela *Gaudete* (que significa regocijarse). Simboliza el gozo de aquellos que, al darse cuenta de la personificación del amor de Dios en Jesús, son cortejados para volver a Dios.

LA PROMESA DE GOZO EN CRISTO

El gozo se manifiesta de manera muy prominente en el relato bíblico de la primera venida de Cristo a la tierra. La alegría, sin embargo, no era nueva para los creyentes. En medio de su ministerio, Jesús hizo la notable afirmación de que Abraham, que vivió dos mil años antes, *“se regocijó de ver mi día. Él lo vio y se alegró”* (Juan 8:56). Jesús no nos dice lo que vio Abraham, pero fue suficiente para tocar su corazón. ¡Puso un salto en su paso! Abraham, el padre de la nación, no estaba solo. Todos conscientes del pecado y su miseria anhelaban conocer el amor de Dios y mirando con fe la venida del Mesías, conocieron algo de gozo y alegría. Los mantuvo durante los días difíciles. Escuche al profeta Habacuc (3:17-18):

*Aunque la higuera no florezca,
Ni haya frutas en las viñas,
El producto del aceite falla
y los campos no dan comida
Que el rebaño sea cortado del redil
Y no se oye en la platea
Sin embargo, me alegraré en el
SEÑOR;*

Me alegraré en el Dios de mi salvación.

Esa salvación vino a través del Mesías. Dios reveló esto al ordenar la vida nacional de Israel. Ya en el 1.500 a. C. Dios le concedió a Moisés el tabernáculo y el sistema de sacrificios indicando que el Mesías sería un sacerdote. Ninguno ofrece animales para simbolizar expiación, pero ofreciéndose para procurarla. Más tarde, Dios usó los anhelos de la nación por un rey para enseñarles que el Mesías sería el Rey para nunca defraudarlos. Él reinaría para siempre, con justicia y rectitud (2 Samuel 7:12-16; Salmo 72:1), un reinado que se extendería de nación en nación, prometiendo gozo a todos los que estuvieran bajo su reino misericordioso.

LOS ARRIBOS DE ALEGRÍA

Este telón de fondo explica los alegres himnos de alabanza que recibieron la llegada del Mesías. Comenzaron con Juan el Bautista, el llamado de Dios para preparar los corazones de la

gente para la llegada del Mesías. Lleno del Espíritu desde el vientre de su madre, Juan saltó dentro de ella en la visita de la María embarazada a la casa de sus padres en las colinas de Judea. Recibida por la madre de Juan, Isabel, como *“la madre de mi Señor”*, María irrumpió en su ahora famoso Magnificat. Aunque abrumada por el increíble privilegio de llevar a término a nuestro Señor, se regocijó fundamentalmente de que el que estaba en su vientre fuera *“Dios [su] Salvador”*. Su gozo no residía, como muchos afirman, en su propia perfección, sino en el perdón de Dios de su pecado mediante la obra venidera de Cristo. (Lucas 1:39-45). También es allí donde se encuentra nuestra alegría sólida. Meses después, nació Cristo. El anuncio fue real, acompañado de una fanfarria celestial. Aunque consistente con la misión de Cristo, llegó a los pastores humildes de la región de Belén.

MAGNIFICAT

*Entonces María dijo:
Engrandece mi alma al Señor;
Y mi espíritu se regocija en Dios
mi Salvador.*

*Porque ha mirado la bajeza de su sierva;
Pues he aquí, desde ahora me dirán
bienaventurada todas las generaciones.*

*Porque me ha hecho grandes cosas
el Poderoso;*

*Santo es su nombre,
Y su misericordia es de generación
en generación*

A los que le temen.

*Hizo proezas con su brazo;
Esparció a los soberbios en el pensamiento
de sus corazones.*

*Quitó de los tronos a los poderosos,
Y exaltó a los humildes.*

*A los hambrientos colmó de bienes,
Y a los ricos envió vacíos.*

Socorrió a Israel su siervo,

Acordándose de la misericordia

*De la cual habló a nuestros padres,
Para con Abraham y su descendencia
para siempre.*

Lucas 1:46-55

Lucas escribe: *“Se les apareció un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor, y se llenaron de temor. Y el ángel les dijo: “No temáis, porque he aquí, os traigo buenas noticias de gran gozo que será para todo el pueblo”* (Lucas 2:9-11). Repentinamente el gozo del cielo irrumpió en la escena: una multitud de ángeles alabando a Dios. Cambiando su miedo por la alegría, los pastores hicieron lo impensable: dejaron sus ovejas y se dirigieron a Belén. Allí encontraron en el abrevadero, con María y José mirando, el mayor de todos los pastores de ovejas: el Señor de la gloria, en carne humana, vino a traernos a su redil.

LA EXPERIENCIA DEL GOZO

Nosotros “los sofisticados” podemos aprender de la gente sencilla de la época de Jesús la verdad vital de que el gozo no se encuentra en la negación del pecado personal, ni en una implicación imprudente en él (como si no tuviera consecuencias), sino en la confesión a Dios en medio

de la confianza en Cristo, que pasó a pagar su totalidad precio en la cruz.

Las buenas nuevas anunciadas en el nacimiento de Cristo son, entonces, contradictorias. Ser elevado al gozo del perdón divino requiere un hundimiento en nuestra propia estimación. Es en nuestro colapso indefenso sobre Jesús para la salvación que entramos en una relación con *“el Poderoso”* (*El Magnificat*). Dios que esparce a los soberbios, reúne para sí a los humildes penitentes. ¡Estas son ciertamente buenas noticias de gran alegría!

Informacion Postal:

ADVENIMIENTO HABLA DE PAZ

De nosotros mismos, el Adviento es una contradicción. Buscamos esperanza pero nos aferramos a nuestro pecado. Anhelamos sentir el amor de Dios, pero no nos preocupa entristecer su Espíritu. Somos cínicos acerca del gozo en Cristo, pero resistimos el arrepentimiento que nos lleva, y anhelamos la paz y la aceptación de Dios, pero mantente al margen de sus propuestas de gracia en Cristo.

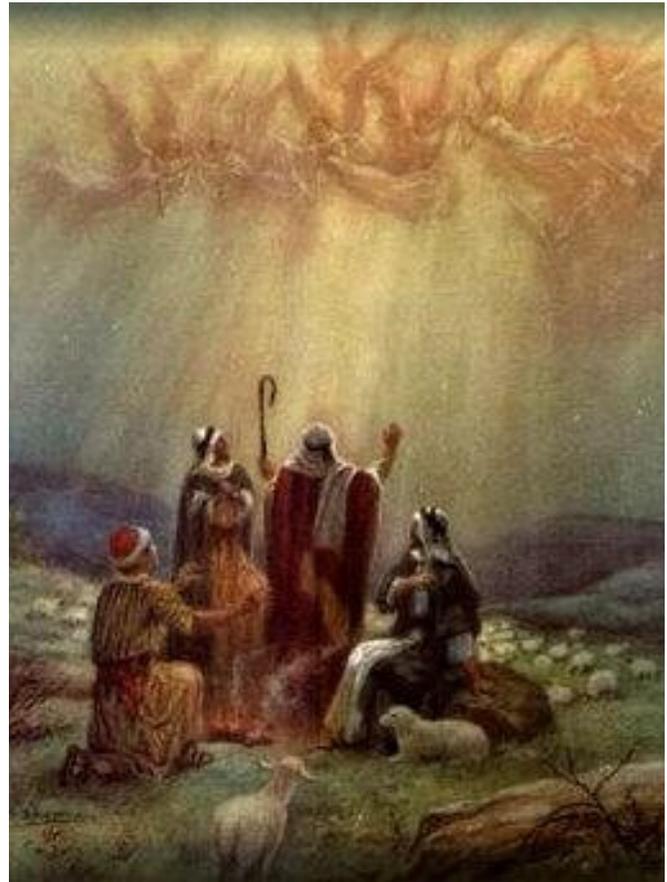
En lugar, entonces, de buscar a Dios, consideramos que la confusión del mundo es nuestra excusa para permanecer en nuestros pecados. Jesús, afirmamos, no cumplió con lo que la hueste celestial proclamó en su nacimiento: *"¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra entre los [literalmente] de buena voluntad!"* (Lucas 2:14). Pero no ha fallado.

Primero, Jesús vino para ganarnos la paz con Dios (Romanos 5: 1). Mediante la sangre derramada de su cruz, derrotó el pecado que nos enfrentó a Dios, y al agotar en sus propios sufrimientos la justa ira de Dios contra nuestros pecados, aplacó a Dios. Así, Dios, por su intención en Cristo, está en paz con aquellos a quienes, por medio de la cruz, reconcilia consigo mismo. Es por eso que Paul, una vez un renombrado odiador de Cristo y sus seguidores (¡los del "camino"!), Podrían escribir más tarde que *"[Cristo] mismo es nuestra paz"* (Efesios 2:14).

En segundo lugar, Jesús vino a ganarnos la paz de Dios: un sentido de shalom (plenitud, plenitud o tranquilidad) independientemente de las circunstancias de la vida. Escuche la anticipación de Jesús de su obra completa en la tierra: *"La paz os dejo; mi paz te doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo"* (Juan 14:27).

Tercero, Jesús vino a ganarnos la paz de Dios. El primer advenimiento anticipó el regreso de Jesús para inaugurar la tierra nueva (Isaías 11: 6; 66:25; Mat. 19:28). Allí Dios morará con nosotros (Apocalipsis 21:1-2). Seremos una nación: el nuevo Israel perfeccionado compuesto por los que descansan en Jesús de todas las lenguas, naciones, familias y tribus.

¡Paz mundial al fin! ¿Nos vemos en la tierra nueva, entonces? Puedes renunciar a las velas, ¡pero no te atrevas a ignorar al Cristo!



Proxima Edición: Marzo 1